



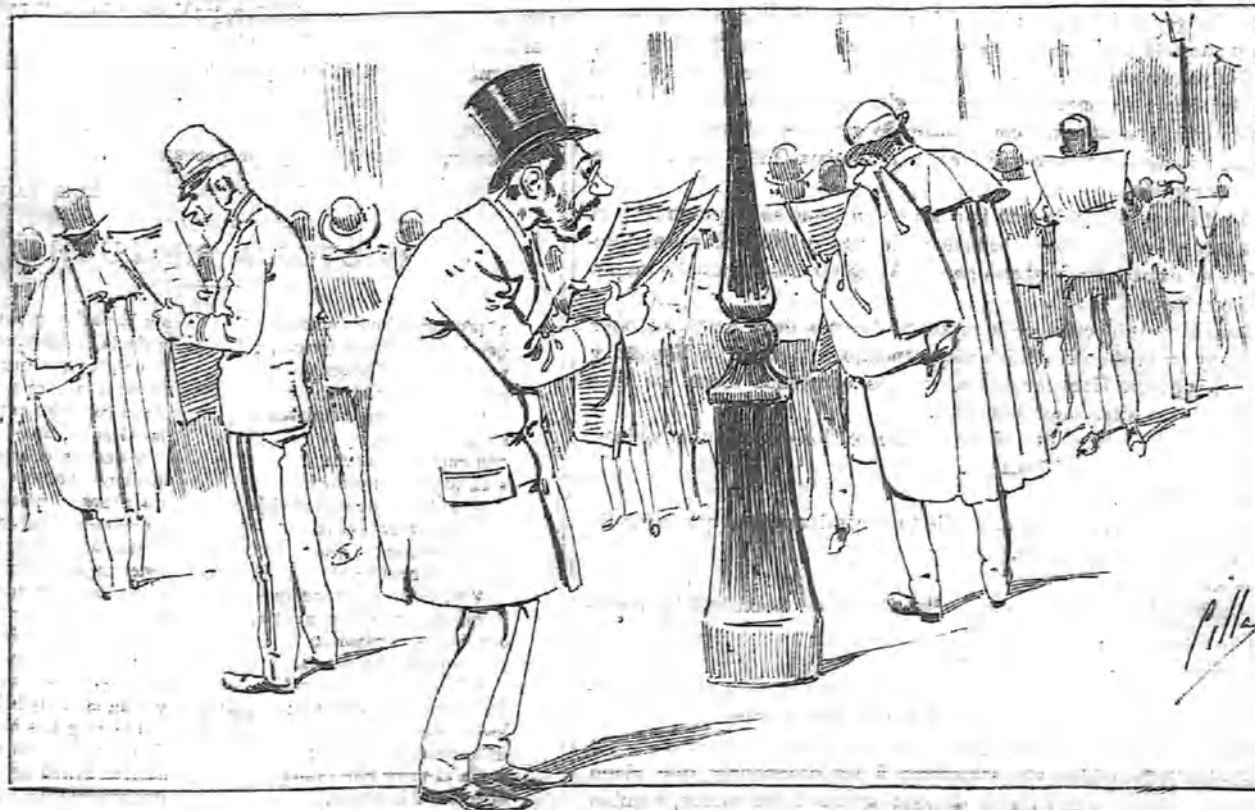
Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

EL TIMO DIARIO



¡El extraordinario que acaba de salir ahora, con los últimos partes de Melilla!



«Nuestro activo corresponsal nos remite carta detallada relatando la acción del 27, que no publicamos porque coincide exactamente con los telegramas de La Correspondencia de hace doce días»

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¿Victoria sin lucha?, por Eduardo Bastillo.—¿Cómo se ha encogido!, por Juan Pérez Zúñiga.—Romance morisco, por Eduardo de Palacio.—Mendencias, por Ricardo Monasterio.—Mastiguita editorial, por Manuel Ossorio Bernard.—Amorosas, por Sinesio Delgado.—La guitarra, por Enrique Jiménez de Quirós.—Mopeda falsa, por Santiago Iglesias.—Ellas, por Julio Martínez Leche.—Frustrerías, por Alberto Casañal Shakery.—Chismes y cacnotos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: El timo diario.—Un valiente.—Anuncios, por Cilla.



¡Buen año éste de 1893!

Tiros en San Sebastián, inundaciones en la Mancha, guerra en el Riff, catástrofe en Santander y bombas Orsini en Barcelona.

Si esto no es el fin del mundo, se le parece muchísimo.

La gente ha llegado ya á preocuparse hasta el punto de poner el pie en el suelo con cierta escama, temiendo que las alcantarillas reventen ó que se inflame el adoquinado. Ya no tiene uno confianza ni en la camisa que lleva puesta, y en todas partes creemos ver moros con remington, y anarquistas con bombas, y vapores con dinamita, y correspondientes con cabezas humanas metidas en sacos.

Hace cuarenta y ocho horas que no ha ocurrido ninguna nueva catástrofe, pero esperamos que de un momento á otro llegue la noticia de haberse hundido una provincia entera ó de haber volado el cabildo de una santa iglesia catedral, con los siguientes horribles detalles:

«Una pierna de canónigo fué encontrada á 2.500 metros del sitio de la catástrofe, juntamente con el dedo índice del organista y dos sombreros de teja. También han sido hallados, debajo de una cama, los restos, aún calientes, de una devota, y un ojo azul, intacto, que se supone perteneciente á un sacristán rubio.»

Lo que ha sucedido es horroroso, pero es más horroroso aún lo que dice por ahí la gente: hay quien asegura que el cielo nos castiga y que está organizando nuevas desgracias para un día de éstos.

¡No parece sino que la Providencia se ocupa en estas cosas! Eso equivaldría á suponer que hay en el cielo quien nos tiene tirria, y no creemos que ningún bienaventurado vaya, por el gusto de hacer daño, á incendiar vapores ni á colocar bombas Orsini en manos de los anarquistas.

Aquí abajo es donde está la cosa; y si no, que se lo pregunten al que colocó la dinamita en la hodega del vapor *Machichaco*, sin declarar su existencia, y al que permitió que atracase al muelle un buque con fuego á bordo.

Pero la imaginación de algunos pesimistas llega hasta suponer que hay en el cielo el deliberado propósito de destruir á España y que el Supremo Hacedor da las órdenes oportunas todos los días para nuestro total aniquilamiento.

—Á ver, Pedro: suelta el grifo número dos de la nube quinta, para que se inunde Villacañas.

—Voy, Señor.

—Manda á la tierra un ángel de toda confianza para que incendie el vapor *Cabo Machichaco*.

—Al momento.

—¡Ah! y de paso que lleve media docena de bombas á los anarquistas catalanes.

—Así se hará.

No; estas cosas no vienen del cielo; la mitad de nuestras desgracias vienen del hombre, que es pecaminoso y ruin.

Hay quien por avaricia, y conculcando todas las leyes, transporta materias inflamables sin someterse á las ordenanzas que rigen sobre el asunto; y hay quien entrega armas á los moros, y quien

lanza bombas en un teatro para recrearse en la destrucción de la humanidad.

En cuanto á la Providencia, continúa siendo tan misericordiosa y tan sublime como cuando éramos pequeños y nuestra madre nos enseñaba á bendecirla.

—Y esta frasecita ¿no vale nada?

En el momento de escribir estos renglones llega á mi noticia que lo del Riff está á punto de arreglarse.

Parece que el sultán ha ofrecido castigar á las kabilas y darnos unos ochavos.

Bueno, ¿y quién nos devuelve á los soldados que han perdido la vida? ¿Y quién me abona á mí la cantidad de entusiasmo con que he contribuido á despedir á los batallones que se fueron á Meilla?

¿Y quién venga la injuria que han inferido los moros á la bandera roja y gualda? ¿El sultán? ¿Quién es él para tomar por su cuenta nuestros asuntos nacionales?

Lo que trata de hacerse vendría á ser algo así como si yo, verbigracia, tuviese una cuestión con el vecino del cuarto tercero, él me diese una patada en los riñones y yo me fuera corriendo á decirle al jefe de su oficina:

—Mire usted, D. Serapio, el oficial segundo de su oficina, que es vecino mío, me ha dado una patada en salva sea la parte y vengo á que usted lo castigue.

El jefe le castigaría efectivamente... pero yo me quedaría con la patada, y con el honor mancillado, lo cual me colocaría en una situación poco airosa á los ojos de los demás vecinos y aun á los de mi propia familia.

Bueno es que el sultán reconozca nuestro derecho y castigue á los del Riff con mano fuerte, pero eso no se opone á que nosotros, por cuenta propia, les rompamos la cabeza. Los únicos que no piensan así son los que juegan al alza en nuestra aplaudida Bolsa.

—Haya paz, —dicen— mucha paz.

—¿Y el honor de la patria?—se les pregunta.

—¿El honor? Lo que conviene es la *guita*. En cuanto se supo aquí que el sultán está dispuesto á reprimir los excesos de las kabilas, han subido cuatro enteros nuestros valores. Eso, eso es lo que nos tiene cuenta.

Bien dicen que el dinero no tiene entrañas, ni patriotismo, ni religión. Con tal de que suba el *in*, ó el *ex*, ó los *ferros*, ó las *ubas*, habría hombre que se vestiría de hurí del paraíso para presentarse al sultán y decirle:

—Aquí me tienes.

—¿Qué buscas?

—Tu amor. Castiga á las kabilas, haz que los cristianos renuncien á la guerra con los rifeños, y mi corazón será todo tuyo. ¡Ole por los emperadores barbianes!

De mí nadie podrá decir que me intereso por la subida de los valores.

Yo juego á la baja.

Ea decir, yo estoy en baja perpetuamente.

LUIS TABOADA.

— * —

¿VICTORIA SIN LUCHA?

¿Por qué, joven amable,
que amor y gloria buscas,
me vienes con pueriles
relatos de aventuras,
y anduciasme tus planes
en la literatura,
con cara tan risueña
y en tono de consulta?

¿Qué ha de decirte el viejo
que no parezca burla
de la experiencia mía
á la inocencia tuya?

Y no es lo de inocente
lo que hoy más te denuncia,
con Venus caminando
al templo de las musas.

Libre, pero con nervios
de histérica en clausura;
joven, mas con flaqueza
de ancianidad caduca;
sin el valor que exalta
el ánimo á la altura,

sin la pasión que vence
y sin la fe que triunfa,
quieres que su albedrío
te rinda la hermosura
de tu capricho esclavas
las Gracias, una á una,
y que, en el arte bello
que tanto nombre ilustra,
esa cabeza á pájaros
laurel eterno abra.

Mas no, joven, no puedes
tener tantas venturas
ni por tus ojos garzos
ni por tu barba rubia,
tumbado á la bartola
ó en actitud moruna,
sobre cojines blandos
y á un lado las babuchas.

Las vírgenes hermosas
de cética envoltura,
quieren activo espíritu
que ardiente las seduzca.

y tú, por abandono
de fácil hembra, gustas
breva que da en tus dientes
cayendo de madura.

Tampoco así en las letras
lendrás la gloria nunca;
sólo el tenaz espíritu
alcanza tal fortuna.

Todo lo quieres hecho
al vuelo de la pluma,

y así, si brotan flores,
ni adornan ni perfuman.

Jamás del impaciente,
las obras de arte duran;
trabajo y fiebre larga
costaron las más puras.

Amable, incanto joven,
no vuelvas con las dudas:
siempre victorias grandes
costaron grandes lachas.

EDUARDO BUSTILLO.

CÓMO SE HA ENCOGIDO!

Cuando no había rudas acciones,
ni se estilaban las explosiones
que hoy son origen
de tanto mal,
corazón grande yo poseía,
ó por lo menos nunca tendría
menor tamaño
que el natural.

Mas hoy, que vienen inundaciones,
guerras, incendios, contribuciones,
pestes y bombas
de sopetón,

á cada cosa que va pasando,
poquito á poco se va arrugando
como una vieja
mi corazón.

Vino la odiosa guerra africana.
Contra los moros sangre cristiana
hubo en Melilla
que derramar,

y vi de un modo crecer el lío,
que el desgraciado corsón mío
como una pasa
vino á quedar.

Luego llevamos dura tollina
con la hecatombe santanderina,
que hasta á las piedras
emocionó.

Supe la gracia del hado impío
y el angustiado corazón mío
como una chufa
se me quedó.

En un teatro, poco más tarde,
lanzó una bomba gente cobarde
que vitapera
todo el país.

Sentí al saberlo calor y frío
y el decadente corazón mío
se fué quedando
como un anís.

Los cambios suben, la bolsa baja;
no se ve el medio de entrar en caja;
cunde la horrible
desolación,

y al ver que en medio de tanta muerte
mi cara suegra sigue tan fuerte,
ya es invisible
mi corazón.

Ya al arrugado corazón mío
por malas artes del hado impío
ni el mejor lince
le puede ver.

Tal me le han puesto las *catastrófas*
que la que hoy día me dé sus *bofas* (1)
con microscopio
me ha de querer.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

ROMANCE MORISCO

«Para pasar á Melilla
pidé permiso *Grabié*;
como si para ese viaje
él le hubiere menester.
Diez años cuentan que estuvo,
y no se dice por qué;
de penado, según todos;
de *turista*, según él.
Diez años pasó en Melilla,
sin llevarle el interés,
y, cuando salió, exclamaba:
—Parece que ha sido ayer.

Cuentan que quiso, algún día,
hacerse moro de rey
ó moro republicano
y anduvo con *haike* y *fra*.
A pelear con el moro
dice que quiere volver
y, como bueno, se ofrece,
lo cual me parece bien,
que es lo que debe hacer todo
el que no tenga que hacer;
pero que no se «dé pisto»
y lo anuncie en el papel

lo mismo que si ofreciera
nueve mil hombres á diez,
ó que si consigo mismo
fuera él solo una *hermess*.
Pero es que ya todo el mundo
quiere darse á conocer
y que se entere la patria
de si uno es guapo ó no es;
de si tiene caridad
ó la deja de tener;
de si es amigo del Guerra
ó del Maimón ó de quién.
Esto decía el *Consejo*,
censurándole al *Grabié*;
lo cual que el *Consejo* cañide,
que él es cristiano también,
y que si un día la patria
le dice:—Vamos á ver,
te «encesequito» *Consejo*;
tira el hombre el tirapié
y sale tirando tiros

desde Madrid hasta Argel;
pero sin contarlo á nadie,
con prudencia y sensatez.
(Hay quien dice que ni en broma
se quiere el hombre ofrecer.)
—Yo iría de cantinera
sin que se enterase «aquél»,
repetía una señora,
casada con un inglés
y de afición italiana,
que trabaja en el cordel,
digo, en la cuerda tirante,
y á caballo, alguna vez,
lo mismo en pelo que á pluma;
pero teme la mujer
que lo publique la prensa,
y añade, con timidez:
—¡Aquí es tan público todo!...
—Pero, señora, ¿y usted?
le preguntó un ciudadano.
—Es claro, siendo *scuyera*...

EDUARDO DE PALACIO.

MENUDENCIAS

Con unas cartas
y mano á mano
jugaba Petra
con Atilano.
Ella al principio
se defendía,
y aunque él ganaba
y ella perdía,
Petra una cosa
dejó probada,
y es que ella es chica
bien educada.
Lo perdió todo,
según mi cuento,
y sin embargo
quedó contenta.

Quisiera yo ser aire
sano y fresquito
para que me movieras
con tu abanico,
que tú me respiraras

y, de ti dentro,
saber qué es lo que guardas
dentro del pecho.

¿Que si un hombre te engaña
tú te suicidas?
Pues eres una gata
con siete vidas.

A un río te asomaste
por ver tu cara,
y el río iba diciendo:
¡Si te bañarás!

Ojalá de mí piensas
por un momento:
«¡Qué granuja es el hombre
que hizo estos versos!»
Y de tu novio:
«¡Qué tonto es este chico!
¡pero qué tonto!

RICARDO MONASTERIO.

MARTINGALA EDITORIAL

Sr. D. Sinesio Delgado, Director del MADRID COMICO.

Distinguido amigo y compañero: Todos los días se aprende algo nuevo, con especialidad en el ramo editorial, y lo aprendido recientemente por mí es de tanto gusto, que no quiero disfrutar el placer egoísta de reservármelo, cuando á usted, si no lo conoce, puede serle de altísimo interés.

Usted, amigo mío, habrá venido creyendo que para hacer un periódico era preciso calcular lo que cuestan las primeras materias y la mano de obra, su administración y propaganda, así como sus posibles ingresos para suplir aquellos gastos, y que aún quede, conforme á los buenos principios económicos, la parte correspondiente á la iniciativa, al capital invertido, al trabajo personal y á los riesgos del empresario. Yo lo creía también así, pero tales cosas voy viendo, que lo comienzo á dudar.

Desconozco lo que puedan hacer los escritores para obtener ventajas y economías en la adquisición de papel, en el coste de imprenta y en el ramo artístico; pero en lo que se refiere á la colaboración literaria, para nadie es un secreto que hay mil medios de lograrla de bñide. Conozco casas editoriales que han reunido crecidísimo caudal de libros sin pagar una sola peseta á los autores, con sólo tomarse el trabajo de reimprimir cosas antiguas ó poco conocidas. Conozco otras que, contando con un traductor á quien pagan 2,50 pesetas por doce horas de trabajo, tienen todo el repertorio francés que no pudo ó no quiso recogerse á los beneficios de la ley de propiedad literaria. Casas hay que cultivan el género colectivo, y á fuerza de cartas á los escritores pidiéndoles la generosa autorización para reproducir unas cuantas páginas, se encuentran poseedoras de volúmenes, en los que ponen la nota de «estar prohibida la reproducción», y otras que hacen su agosto acudiendo á los poetas ricos, que no cobran, y á los principiantes, que darían dinero por verse en letras de molde. Es posible que hasta fuera un buen negocio publicar un periódico en que los autores hubieran de satisfacer, por ejemplo, media peseta por cada una de las líneas en que aspiraran á la celebridad.

Pero «en el mundo hay más», como dijo un célebre poeta, y esto más acaba de ser planteado por un periódico andaluz, publicando el anuncio de un certamen para premiar con doscientas pesetas al autor de un asunto que no exceda de cinco cuartillas.

El anuncio era tentador, por no ser cosa muy corriente eso de

(1) Esto de los *bofas* es una figura retórica de una novedad. Quiere decir «cañón», para que ustedes lo sepan.

UN VALIENTE



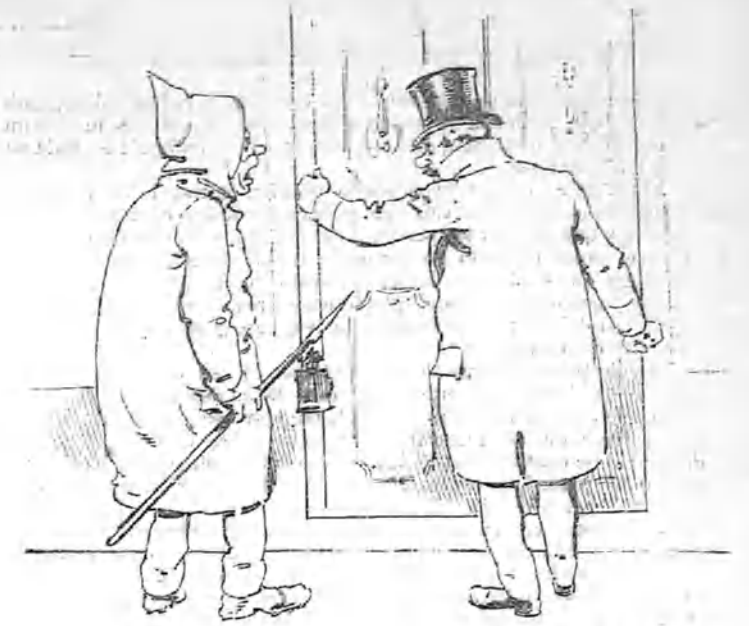
Don Anacleto tuvo una fuerte disputa en el café porque, á su juicio, no hemos debido dejar un riffaño con vida.



Y tanto se agrió la cuestión, porque sus contertulios tomaban á broma lo de que él era capaz de comerse media kabila de una sentada,



que se marchó de mala manera sin pagar al mozo.



Regañó con el sereno porque tardaba en abrir y usaba un capuchón que parecía un saique.



Y entró en su casa sin dar las buenas noches al ama de llaves, que no sabía á qué atribuir aquello.



Se acostó inmediatamente, renegando de la pasividad del ministro de la Guerra.



Y empezó á soñar que era cabo del Disciplinario y que con motivo de una excursión á Cabrerizas Altas se distinguía notablemente por su ferocidad contra el enemigo.



En esto le pareció oír un ruido alarmante, y despertó sobresaltado.



—¡Rupertas! ¡Rupertas!



El ama de llaves se preparó como mejor pudo para acudir adonde con tanta urgencia la llamaban.



—¡Cielos! ¡Maimoncillo!



Y así amaneció al día siguiente D. Ana-leto.

que se pague cerca de diez duros por cuartilla, y yo le confieso, amigo mío, que no dormí ni sosegué hasta que llegó á mis manos un programa del certamen, que me hizo ver la *martingala* en toda su horrible desnudez.

El periódico declaraba que sólo podrían entrar en el concurso cincuenta cuentos; que dos iría publicando todos conforme los recibiera y que después los pasaría á un Jurado, para que éste adjudicara el premio. Como no me gusta dudar de la buena fe ajena, supongo que el Jurado habrá indicado acertadamente el trabajo mejor y que el director del periódico entregará con toda religiosidad, á su debido tiempo, los 800 reales; pero ¿cuál es el resultado práctico del certamen?

Que después de darse tono el periódico con su concurso de premios y de obtener numerosos reclamos de los demás diarios, habrá utilizado cincuenta artículos cuidadosamente escritos, como para un certamen, y que cada uno de ellos sólo le habrá costado la exigua cantidad de cuatro pesetas. En una palabra: cincuenta escritores inocentes jugándose cuatro pesetas al as de oros, y un travieso editor que lleva la baraja.

Ya ve usted con cuánta facilidad podría llenar las columnas de su ilustrada publicación, en vez de retribuir decorosamente, como lo hace, los escritos de cuantos colaboramos en ella. Y aplicando el sistema á los dibujos, á la litografía, á la tirada tipográfica y al papel, podría usted encontrarse con un periódico que no le costara un céntimo y en el que todo fuese ganancia. Sistema *fin de siglo* en lo literario, como el de aquella empresa teatral de Novedades, que rifaba una docena de chorizos entre los espectadores; las del Recreo, Paul y la Infantil, que daban por dos reales un drama, un baile y un café con media tostada; ó las de diligencias á varios pueblos, con billetes gratuitos y un tente en pie de propina á los viajeros.

M. OSSORIO Y BERNARD.

AMOROSAS

Viendo á una palomita zalamera
que le hacia carocas á un palomo
para darnos dentera.
y al fin se le escapó sin saber cómo,
lo mismo que una loca te refas
mientras yo te adoraba como un loco
y ensayabas en mí tus monerías
quemándome la sangre poco á poco...
Ahora va resultando que era broma:
¡buenas pájaras sois tú y la paloma!

Por mucho que le den vuelcas
algunos sabios varones,
para vencer las pasiones
no hay como dejarlas sueltas,
pues se achican de ese modo
y la libertad las mata;
en cambio, si se las ata
crecen, y saltan por todo.

Con mujeres y moros siempre ha habido
peligro de caer en la emboscada.
El avance resulta muy lucido:
¡lo grave suele ser la retirada!

¡Que ella te olvide! Quizás.
pero no tengas cuidado
de que te deje plantado
por otro que valga más,
que en el mercado de amor
suele siempre la mujer
regatear, escoger...
y cargar con lo peor.

¡Qué prudente y qué buena es la medalla
que de la cinta de tu cuello pende!
Ve nuestro amor y calla;
la doy para ti un beso y no se ofende.

No llores por el traidor
que su libertad recobra,
porque ya saben de sobra
las pescadoras de amor
que el hombre es el pez más lelo
y más tonto de los peces,
porque va quinientas veces
á morder el mismo anzuelo.

Los labios de mi niña me embelesan
y, si en mí consistiera, sus pecados
serían perdonados,
porque juran en falso, ¡pero besan!

SINESIO DELGADO.

LA GUITARRA

Viendo su muerte cercana,
á una chiquilla hechicera
que estaba á su cabecera
le dijo así una gitana:
—Siento un martirio profundo
porque de tí me separo,
y te dejo sin amparo
en los escollos del mundo.

Huye, Rosa idolatrada,
de su raudó torbellino,
sé firme contra el destino
y, sobre todo, sé honrada.

Nacida en mísera cuna,
de mí suerte maldecía,
porque nunca recibía
halagos de la fortuna.

Me fué la existencia odiosa,
pero al sentirte en mi seno,
supe que Dios era bueno
y que la vida era hermosa.

Buscando para las dos
el sustento necesario,
cantaba como un canario
por esos mundos de Dios.

Y esa guitarra que ahora
olvido por mis pesares,
acompañó mis cantares
vibrando dulce y sonora.

Guárdala siempre, hija mía,
que ella conmigo lloraba
mis penas, y se alegraba
conmigo si yo reía.

Mi cuerpo á la tierra irá,
pero mi alma toda entera
á ella irá cuando me muera
y en sus cuerdas vibrará.

Y así, Rosa, cuando llores
y al aire des tus congojas,
cuando la guitarra cojas
para aliviar tus dolores,

entre sus notas extrañas
irá tu llanto á beber
el alma de la mujer
que te llevó en sus entrañas.

Esto dijo, y cuando el día
radiante empieza á lucir
y todo brinda á vivir,
la pobre vieja moría.

Al contemplarla no hay hombre
que no deliré por Rosa,
porque es tan gentil y hermosa
como la flor de su nombre.

Es su presencia bizarra,
y á su fresca dentadura
no le supera en blancura
la nieve de la Alpujarra;
y llegan al corazón,
aunque miren entornados,
sus ojos empavonados,
más negros que la traición.

Es la gloria de Sevilla,
tierra que respira azahar,
donde se cura el pesar
con cañas de manzanilla,

y allí, cuando Rosa canta,
la gente se va parando,
y queda muda escuchando
la voz de aquella garganta;

y la guitarra que un día
á su madre acompañó
y en herencia le quedó,
entre sus manos gemía

con el armonioso acento
y la tristeza sublime
con que se estremera y gime
entre las hojas el viento.

Como es cosa demostrada
que en el mundo una mujer
no es fácil que pueda ser
hermosa, pobre y honrada,

al fin, en aciago día,
sacumbió la pobre Rosa,
igual que la mariposa
que se acerca á la buja,

y por la noche, al llegar
á su triste habitación,
su desierto corazón
sintió ganas de llorar.

Fija la vista en el cielo,
con el alma dolorida,
dijo: «Madre de mi vida,
no me niegues tu consuelo;»

y vertiendo llanto á mares
la guitarra descolgó,
y en sus manos la cogió
para aliviar sus pesares;

pero las cuerdas que un día
entre sus dedos vibraron,
y con sus notas besaron
la mano que las teñía,

sin que Rosa las pulsara,
sordo ruido produjeron,
y con ira se rompieron
y le cruzaron la cara.

ENRIQUE JIMÉNEZ DE QUIRÓS.

MONEDA FALSA

Si es el destino del linaje humano
comer, beber, dormir, pasar dolores,
aguantar del invierno los rigores
y ahogarse de calor en el verano;

Tener que soportar, no estando sano,
las píocimas que mandan los doctores,
y renunciar por siempre á los amores
cuando el cabello se nos vuelve cano;

Pasar un día y otro tontamente
ganando de comer, como un castigo,
con el sudor que riega nuestra frente;

Si es la vida no más esto que digo,
no es extraño que crea mucha gente
que, pensándolo bien, no vale un higo.

SANTIAGO IGLESIAS.

ELLAS

Pío Pérez, en su trato,
era un mozo muy cumplido,
pero yo no he conocido
un hombre tan mentecato.

En público presumía
de adorador con fortuna,
afirmando que ninguna
mujer se le resistía.

Entre las gentes curiosas
dadas á fisonomiar
se contaban de él la mar
de aventuras amorosas.

Robusto, viril y fuerte,
tenía llo tras llo.

Nada, que hasta entonces Pío
era el hombre de la suerte.

Pero un esposo iracundo
le tomó tal ojeriza,
que le dió un pie de paliza
y lo mandó al otro mundo.

Pues señor, dejó este suelo
pensando:—¿Adónde voy yo?
¿Al cielo? ¡Creo que no
me admitirán en el cielo!

Con esta duda fatal
vagó sin rumbo y sin norte
y, al fin, fué á dar con la corte,
con la corte celestial.

Ante la puerta, de nuevo sintió igual vacilación: —¿Qué hago? ¿Cojo el aldaón? Francamente, no me atrevo. San Pedro, que siempre alerta se halla sentado en su silla, se asomó por la mirilla y abrió al instante la puerta. —¿Quién es?... Pase usted al portal. —¿Y... allá, adentro, pasaré? —Lo ignoró. Consultaré el registro general. Si en este libro importante dejó Dios su absolución, daré á usted autorización para pasar adelante. —¿Y si ahí no ha escrito el Eterno ese fallo absolutorio? —Se va usted al purgatorio... ó se va usted al infierno.

Su nombre de usted, —¿El mío? Pío Pérez. —Pérez, ¿eh? Vamos á buscar la P. Pérez... Sí, aquí. «Pérez, Pío.» Aquí tiene usted su historia. —¿La mía! ¡Perdón!... —¿Por qué? ¡Si voy á extenderle á usted el pase para la gloria! —¿Cómo! ¿Es posible, señor? Se equivoca usted quizás, puesto que yo he sido el más miserable pecador. —¿Yo absuelto? ¿Yo, que engañé á tantas mujeres bellas?... —Pero, hombre, ¡si fueron ellas las que engañaron á usted!

JULIO MARTINEZ LECHA.

FRUSLERÍAS

Dado que haya quien halle, por mucho que la busque, una criada que se esté en la cocina sosegada cuando pasa la tropa por la calle.

Si dueñas del dinero fuesen las hembras, algo más rodaría de lo que rueda.

La mujer es tan poco religiosa en el siglo presente, que yo creo que si me acerco á una mujer hermosa y le digo:—Es usted muy virtuosa—no me ha de agradecer el chicolco.

No puede ser beata Timotea, pues para ser beata hay que ser fea.

Yo no sé por qué medio misterioso el amor hace al hombre enamorado, si vive desdichado, venturoso; si vive venturoso, desdichado.

Si es tu padre pescador, debes decirle, morena, que desde hace algunos días no sabe lo que se pesca.

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.

CHISMES Y CUENTOS

Puede que no me haga caso el Gobierno; pero yo me lanzo á aconsejarle una cosa.

Puesto que parece que se presenta ocasión de hacer las paces con los moros, debe aprovecharla, prescindiendo de las manifestaciones que pudieran sobrevenir, y de las alheracas de los periódicos que quisieran vender unos cuantos ejemplares más con ese motivo.

La nación, la verdadera, la que paga los gastos y da los hombres, no quiere ni ha querido nunca la guerra.

Porque de sobra sabe que por ahí no vamos á ninguna parte... y que no estamos para meternos en aventuras.

Conque... venga una paz honrosa, y á casa que lleve.

Y á propósito: es de suponer que ahora, y quien dice ahora dice dentro de veinticuatro años, se hará el fuerte de Sidi-Auriach ó Sidi Guariach, ó como se llame.

Porque claro está que ésa es una condición que no puede faltar en el contrato.

No por nada, sino por la honrilla y el amor propio.

Porque ya está visto para lo que sirven los fuertes.

Los hicieron para que defendieran la plaza, y ha tenido la plaza que defenderlos á ellos.

Va sé que ha dicho tu madre que no me quiere por tonto. ¡Ahora sí que te aseguro que no nos ha visto solos!

Me temo que alguna liebre salte, niña, en tu cabeza, porque es un bicho que salta en donde menos se piensa.

SIXTO CELORRIO.

He leído que una de las acríces de la compañía que actúa en el Teatro Moderno se llama Srta. Gramática.

Por milagro de Dios se ha librado hasta ahora de los revisteros de teatros.

Pero yo, en su lugar, no las tendría todas conmigo.

Si no se ofendieran los señores que nos honran con el envío de originales, les haría una súplica.

¿Que cuál es?

Que suspendan ó *aflojen* por lo menos la remisión de cuartillas.

¿Que por qué?

Porque desde 1.º de Enero pensamos hacer grandes y trascendentales reformas en el periódico, y hasta esa fecha nos concretaremos á *dar salida* á las composiciones admitidas y que esperan turno.

Desde primero de año se hilará más delgado probablemente.

Libros:

Tardes de invierno, colección de lindísimos cuentos de D. Ricardo Hernández y Montes, que sabe pintar caracteres y dar gran interés á la narración, cualidades ambas que le acreditan de cuentista excelente. Precio: 2 pesetas.

El secretario íntimo, notabilísima novela de Jorge Sand, publicada por nuestro colega *El Folletín* en inconcebibles condiciones de baratara. Cuesta el tomo una peseta.

Saitos de liebre, juguete cómico en un acto y en prosa, original de nuestro insigne colaborador D. Antonio Sánchez Pérez, estrenado (el juguete, por supuesto) con grande y merecido éxito en el Teatro Lara.

Retratos al vuelo, siluetas cómico-caracenses, por D. Alfonso Martín y D. Luis Cordavias, que en ellas retratan graciosamente á sus amigos y supongo que paisanos. Precio: una peseta.

Obispo, casado y rey, leyenda histórica del eminente novelista D. Manuel Fernández y González, publicada por la empresa de *El Folletín*. Precio: 1,50 pesetas.

La indiana, zarzuela en un acto y en verso, original de nuestro amigo y compañero José Jackson Veyan, que ha tenido la fortuna de dar á conocer á un notable compositor, D. Arturo Saco del Valle, con quien comparte un gran éxito en el Teatro Estiva, donde la obra sigue representándose.

El castillo de Jurez, poema de D. Carlos Ciaño, que sigue en él, con mucho acierto, las huellas del maestro Núñez de Arce. Precio: 50 céntimos.

Rico y pobre, linda novela de Emilio Sonvestre, publicada asimismo por *El Folletín*. Precio: 50 céntimos.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Rodajas.—Dejemos al Riff.

Leunam.—Pero no es de la índole del periódico, eso salta á la vista inmediatamente.

Tepito el minero.—¿Tiene usted cien mil versos por el estilo?

¡Pues no podrá usted nunca dormir tranquilo!

Cascariña.—Ambas son vulgaridades como ermitas de la propia sierra de Córdoba.

Kandor.—Usted lo habrá dicho en broma y no en romance, como quería, pero lo malo es que tiene usted razón en el fondo. ¡Alá le ayude!

R. de T.—Empieza así la carta de la suegra:

«Mi querido yerno, sé que te voy á molestar con lo que en esta diré pero al fin espero que tú no me has de desairar.»

Como se ve, están bien medidos los versos, pero parecen impropios de una suegra. Casi más parecen de un obispo.

Sr. D. L. M. C.—¡Por Dios! Después de los millones de sonetos que se dedicaron á la muerte de Zorrilla, en tiempo oportuno, ¿todavía ha tenido usted el valor de tomar la pluma para escribir ese que no viene á cuento?

Sancho.—Mal andan de ritmo los endecasílabos esos, y poca gracia tiene el asunto.

Sr. D. J. S. C.—La versificación está bien; es lo único que puedo decir, porque para juzgar su poema hay que leerle entero. De un par de párrafos no se puede sacar sustancia.

Floridor.—«Al salir á la escalera de mi habitación que estuvo la portera fregando con jabón.»

¿Por qué se le ha quedado á usted cojo el segundo verso? ¿Y por qué no escribe usted *jabón* como es debido?

Cacharón.—Bastante atrevido el asunto, un poco irrespetuoso para la religión de nuestros mayores y versificado con poca soltura.

Sr. D. J. V. T.—Efectivamente, va pesando un poco lo de África. ¡Y figúrese usted, caso de que quisiera publicar el romance de usted, dónde estaría la oportunidad, al paso que llevamos!

Tiguín.—Muy bonita. Lo malo es que se ha publicado ya con la firma de su autor verdadero, ¡Rediós! Si fuera usted á Melilla, era usted capaz de no dejar un moro con chilaba.

El marqués.—¿Se le ha ocurrido á usted ese cantar? Pues ha coincidido usted con el pueblo bárbaro de hace dos siglos. Pero, hombre, ¡que ni para las porquerías han de tener ustedes gracia!

ANUNCIOS



Para casarse un hombre
¿qué necesita?
Diez camisas con cuello
de pajarita!
Camisería de Martínez.
San Sebastián, 2.



Por la noche el demonio
tienta á Ventura
porque no se ha limpiado
la dentadura.
Tirso Pérez.
Mayor, 59.



—Doctor, estas ¡cecas
me sientan muy mal.
Recéteme usted algo
—¡Coldream virgin!!
Farmacia de Torres Muñoz.
San Marcos, 11, y San
Bartolomé, 7



—Si mi amor deseas,
en carga, mío Varco,
que te haga un sombrero
García Carrasco.
Carretas, 16.



Me ha dicho una muchacha
muy sandunguera:
—¡Vaya unos pantalones
que hace Pesquera!
Magdalena, 20.



Créeme, amigo Baitazar,
si venimos al nacer
destinados á luchar,
¿qué se le ha de hacer? ¡Tomar
Cognac fino de Moguer!
Guinea, Carretas, 27. Depósito
de vinos, Arenal, 2.

—Vino el in rierr o malsan,
vino el reñma tirar o,
vino el ábrego aseño,
vino...
—¡Basta! ¡Para vino,
la lodega de Medavó!
Plaza de N atute, 9.



La prueba del inmenso adelanto de las ciencias entre los egipcios es que acaba de descubrirse una nueva pirámide en la cual, á fuerza de jeroglíficos, se da á entender á las generaciones futuras que nada habrá tan notable en el siglo XIX como las baldosas especiales para patios, terrazas, azoteas, cuerdas y cocheras, mosaicos hidráulicos para pavimentos, artesanados y florones para techos, objetos de arte en mayólica, cerámica y barro y el portland especial de la casa Escocet, Fortuny y Compañía. Alcalá, 18 (Equitativa).



—Ya veñ ustedes que el batallón Disciplinario bate bien el cobre. ¡Por qué no se destinan algunos fondos de la suscripción nacional á proporcionar á cada soldado una cama del Bazar de la Plaza de la Cebada, núm. 19! ¡Agradecerían tanto el obsequio!

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNAC SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

ESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID